

RESEÑA

LITTELL, JONATHAN: *LES BIENVEILLANTES*. GALLIMARD, 2006.

Jaime Céspedes Gallego
(Universidad de París X-Nanterre)

Dedicamos estas líneas a evaluar las reacciones que ha suscitado la novela galardonada en el otoño de 2006, con apenas quince días de intervalo, con los premios Goncourt y de la Academia Francesa, acaparando así dos de los cinco premios más prestigiosos del país vecino. *Les Bienveillantes* de Jonathan Littell entraba en todas las quinielas desde su aparición a principios del verano pasado, lo que ya era mucho decir, ya que el número de obras que concurrían a los premios literarios en Francia se estimaba para 2006 en nada menos que 683. Instalado en Barcelona desde el pasado mes de septiembre, donde su mujer trabaja, Littell deberá pasar pronto a la fama en España. Poco amigo de aparecer frecuentemente en los medios de comunicación, Littell prefirió no ir a recoger el prestigioso premio Goncourt ni ha aceptado tampoco, de momento, intervenir en ninguna de las emisiones culturales televisivas en que tanto se ha hablado de su libro. En España tampoco parece dispuesto a hacer declaraciones hasta que no aparezca traducido.

Muy poco se sabía de Jonathan Littell antes de que se rumoreara la probable atribución al estadounidense de algún gran premio literario. Nacido en Nueva York en 1967, descendiente de una familia de origen polaco emigrada a Estados Unidos a finales del siglo XIX, hijo de Robert Littell (conocido periodista especializado en cuestiones políticas y escritor de novelas de espío-

naje con la Guerra Fría como telón de fondo), Johnatan, quien escribió la novela directamente en francés, es bilingüe gracias al hecho de que sus padres emigraron a Francia cuando él tenía sólo tres años. Aunque sus padres se divorciaron y Johnatan pasó varias temporadas en Estados Unidos, siempre estuvo matriculado en un centro de enseñanza francés. Deseoso de comprometerse activamente por una causa humanitaria tras tres años de estudios literarios en Yale, Littell trabajó entre 1995 y 2001 para la ONG *Acción contra el hambre* en misiones realizadas en zonas tan diversas como Bosnia, Chechenia, Congo, Rusia, China, Tadjikistán, Guinea o Ruanda. Según Littell, su experiencia personal en estos países le ayudó a entender cómo es posible que un ser humano se convierta en un asesino en masa, empezando así a gestarse el tema de su futura novela. A Littell, muy crítico hacia su país natal, le ha sido denegada dos veces su petición de nacionalidad francesa. Al parecer, piensa solicitarla una tercera y última vez, que debería ser definitiva.

Ya antes de ser premiada, la obra, cuyas novecientas páginas en la edición francesa fueron escritas en dieciséis semanas según su autor (tras un trabajo documental llevado a cabo durante más de cuatro años), fue muy criticada por algunos intelectuales y defendida por otros. El debate en torno a ella se sitúa no en el terreno de la verosimilitud sino más bien en el de la verdad: sus detractores, aun reconociendo el virtuosismo

de Littell, el magnetismo de un estilo que hace que la historia parezca real, niegan rotundamente que haya podido existir alguien tan inteligente y cultivado a la vez que cruel e inhumano como su protagonista, Max Aue, un oficial nazi que narra su experiencia personal como ejecutor de la solución final durante la Segunda Guerra Mundial, desde que se ve forzado a ingresar en las SS para evitar una condena por homosexualidad hasta que consigue, una vez terminado el conflicto, instalarse honradamente en el norte de Francia con una falsa identidad. Por ejemplo, el historiador Edouard Husson dijo claramente para *Le Figaro* (7/11/06, día siguiente a la atribución del Goncourt) que el libro era una gigantesca farsa y que “la sola idea de que todo hombre puede convertirse en verdugo sirve a Littell para relativizar los crímenes del nazismo”.

Los defensores de la obra, por el contrario, no ven contradicción ni falta de rigor en el hecho de imaginar que un hombre culto como Max Aue (doctor en Derecho, amante de la música y de la literatura) pueda ser también un verdugo implacable, máxime teniendo en cuenta que Max Aue recibe órdenes en tiempo de guerra y que queda claro que sufre graves problemas psíquicos desde la infancia a raíz de una relación incestuosa con su propia hermana. En este bando de los defensores se sitúan los artículos que han ido apareciendo en los últimos números de la mensual *Revue des deux mondes*, en los que se recuerda que la cultura francesa se caracteriza, entre otras cosas, por el hecho de que la historia siempre se ha divulgado y se divulga con éxito por cauces literarios. Desde este punto de vista, el redactor jefe de la revista, Michel Crépu, sostiene que, en vez de enfrentar historia y literatura, el caso Littell confirma que ésta siempre ha sido un medio indispensable para que aquélla pueda llegar a todos los lectores: “De Joinville à Michelet, no podemos sino preguntarnos por el lazo que une hoy día la literatura y el acontecimiento histórico”, dice Michel Crépu para cerrar su editorial del número de diciembre de 2006 y presentar un dossier dedicado a la cuestión. En realidad este debate no es nada reciente, ni siquiera en torno a una novela que se presenta como el relato autobiográfico de un nazi, como recordaba ya Crépu en la sección « Journal litté-

raire » del número de septiembre de la revista al hacer justamente referencia a *La muerte es mi oficio* de Robert Merle (1953). Esta novela, dedicada a las memorias imaginarias del comandante del campo de Auschwitz Rudolf Höss, recibió también muchas críticas, como las del escritor y antiguo deportado a Mauthausen Jean Cayrol, quien no dudó en criticar, como sigue haciéndose más de medio siglo después con la novela de Littell, la inmoralidad de un punto de vista que pretende explicar, aunque sólo sea literariamente, un horror que sobrepasa los límites de lo justificable. La actualización de este debate ha propiciado de inmediato una gran cantidad de reediciones en Francia sobre el genocidio de los judíos o en torno al tema del nazismo en general, desde *Des SS* de Guido Knopp, *Même les bourreaux ont une âme* de Maïti Girtanner o *Kaputt* de Curzio Malaparte hasta *La Destruction des juifs d'Europe* de Raul Hilberg, a quien Littell reconoce como gran inspirador de su obra gracias a la entrevista que el historiador norteamericano ofrece en el documental *Shoah* de Claude Lanzmann, especialmente su explicación de la verdadera organización burocrática que metódicamente crearon los nazis para la exterminación de los judíos de Europa, objetivo que pasó en 1943 a ser más importante que el de ganar la guerra. Así, ante el temor de Claude Lanzmann de que un libro para él históricamente equivocado como *Les Bienveillantes* (declaraciones a *Le Nouvel Observateur*, 21/09/06) pueda ser más conocido que su famoso documental, el propio Littell ha replicado que “lo contrario es evidente. Las ventas de las obras de Raul Hilberg y de Claude Lanzmann no han hecho sino aumentar desde la salida de mi libro” (declaraciones a *Le Monde*). Littell, quien no se presta fácilmente a comentar las vehementes reacciones que su obra ha suscitado, prefiere que se hable de la obra abiertamente antes que de él mismo.

A nuestro juicio, el punto álgido del debate se alcanzó un mes antes del fallo del premio de la Academia, en un encuentro entre Claude Lanzmann y Jorge Semprún que la cadena de televisión France 3 emitió en el programa *Ce soir ou jamais*, presentado por Frédéric Taddeï el 29 de septiembre del pasado año. Lanzmann, quien

dijo haberse entrevistado personalmente con Littell durante tres horas para conocerlo y transmitirle sus reservas, advirtió al espectador de que el libro no merecía tanta atención del público por su falsedad en lo que concierne al protagonista como caso, representante o modelo de personas que hubiesen existido en la realidad, si bien el marco histórico y los detalles contextuales son en general verdaderos, aunque no estén del todo exentos de algunos errores de interpretación y de aproximación según Lanzmann y otros detractores. Lanzmann, incapaz de transmitir su punto de vista de manera convincente, acusó reiteradamente a los lectores y al propio Semprún de “no entender el libro”, lo que Semprún consideraba “completamente absurdo”.

Los miembros de la Academia Goncourt respaldaron por mayoría simple la opinión pública de su único miembro no francés, Jorge Semprún, acerca de *Les Bienveillantes*. Para éste (de quien recordemos que es conocido fuera de España más bien por su obra relacionada con el mundo de los campos de concentración nazis que por las obras de política española), la novela de Littell “no sólo es la mejor del año sino del decenio y una de las grandes novelas de los últimos 50 años. [...] No es una novela francesa sino una novela escrita en francés. [...] Para la cultura francesa lo que es importante es que el autor haya elegido el francés como idioma. Eso prueba que sigue siendo una gran lengua de expresión cultural”. Y continuaba afirmando a la salida del comedor del restaurante Drouant de París donde tras una comida se falla tradicionalmente el premio, que “esta vez no hemos tenido que recurrir al voto secreto. Enseguida se ha visto que nadie le podía disputar el premio a Littell” (lo que fue cierto por siete votos favorables contra tres desfavorables).

En una extensa carta a la revista *La Quinzaine Littéraire* (n.º 935, p. 30), Florence Mercier-Leca lamenta también las muchas acusaciones vertidas contra *Les Bienveillantes*, pretendiendo que los criterios históricos con que ha sido juzgada no serían pertinentes tratándose de una novela. Sin embargo, podría alegarse hasta cierto punto, nos parece, que la obra se presenta de todos modos como una novela histórica. Para Jean Solchany (*Le Monde*, 4/11/06), “¡*Les Bienveillantes* no es ni un testimonio ni un trabajo histórico! La visión que da del genocidio judío no puede ser juzgada con criterios propios de las ciencias sociales”, aunque “el relato no deje por ello de ser una evocación del genocidio que deja a uno helado por su terrorífico efecto de realidad”. Por otra parte, Mercier-Leca señala que los pretendidos errores lingüísticos que algunas reseñas han subrayado no son ni más ni menos importantes que los cometidos, por ejemplo, por Michel Houellebecq u otros escritores de la nueva generación, y que favorecen el dinamismo de la lengua necesario para la evolución del léxico. Añadamos que el propio Littell se ha explicado sobre este punto diciendo que sus correctores han encontrado algunos elementos que pueden localizarse en la manera de hablar el francés en Bélgica, ya que su mujer es belga.

Esperando ver las reacciones que esta novela suscitará en España, donde parece que la traducción tardará todavía algunos meses en llegar, en la editorial RBA, esperemos también que se traduzca convenientemente el título y que se elija *Las Benévolas* o *Las Benevolentes*, pero de ninguna manera *Los Benévolos*, en masculino, como dice, en cambio, Mario Vargas Llosa en un artículo de opinión en *El País* (13/12/06), ya que el título hace referencia a las Erinias, las crueles divinidades griegas de la venganza, protectoras del orden preestablecido, a quienes Esquilo da el nombre de *Ευμνίδες* en su obra homónima para evitar su ira.